

Novela





LEONOR

(CAPÍTULO DE LA NOVELA *TIEMPO DE RODAR*)

Viviana Cordero

El sol golpea la plaza. Flavio observa con detenimiento a la niña Marcela, cuyos ojos están casi cerrados porque los rayos ecuatoriales castigan su rostro con brutalidad. Francina, parada detrás de la pequeña empuñando una sombrilla a medio abrir, mira al frente; Abigail se encuentra sentada en la grúa con el ojo puesto en la cámara. Gabriel está a su lado y, juntos, estudian el cuadro; Mauricio mira al cielo con su pan glass (un pequeño lente para medir la intensidad de la luz que lleva colgado al cuello) en tanto espera la llegada de una nube para poder filmar. Ken Tobe y Fede prueban el boom, mientras Patrick, erguido en medio de los rieles del dolly, sostiene un charol con vasos. Leonor, al fondo, es apenas un punto que casi no se distingue.

Esta foto la ha acompañado durante años, pero hacía meses que no la había visto. Apareció el día anterior en su nuevo departamento, al desempacar la última caja de la mudanza, el más reciente de sus múltiples traslados desde que se separó de Cristóbal. En la misma caja había guardado uno de los smokings del Lobo Rojas y el saco del personaje de Elena. Cuando acabó el rodaje, las prendas olían a campo, a suciedad y a película. Curioso, ¿a qué huele una película? Huele a guardado, huele a sueños, huele a felicidad. Producción le había regalado el smoking al concluir el rodaje. En cuanto al saco, Leonor se lo quedó. Le dijo a Priscila que lo había perdido. Nada grave, al fin y al cabo era tan solo una prenda vieja y raída, a nadie le importaba. Excepto a ella, porque era un símbolo de su renacimiento. Esa tarde, al encontrarlo nuevamente, lo agarró, cubrió con él su nariz e inhaló profundamente. Restaban tan solo leves vestigios de aquel antiguo aroma, pero suficientes para transportarla de vuelta a aquella época cuando su vida dio un cambio total. Hay circunstancias que transforman para siempre.

—Te tengo una propuesta.

—¿A mí?

Así comenzó la conversación, tres años atrás, que provocaría un giro radical a su existencia.

—Sí. Voy a trabajar en una película. ¿No quisieras hacer tú el vestuario? Sería muy divertido que seamos parte del mismo proyecto.

—¿Una película? ¿Y cómo voy yo a trabajar en una película si no tengo idea de cómo es eso?

—No es nada difícil. Yo te indico cómo es la cosa y nadie tiene que enterarse de que eres novata. Les contamos que en Estados Unidos trabajaste en algunas producciones pequeñas. Esta es de bajo presupuesto y lo que necesitan es gente con ganas. Como los productores también son novatos, les está costando conseguir personas, entre comillas, profesionales. Su vestuarista les acaba de renunciar.

—No sé, Francina, no sé.

—No lo pienses más y ven a la reunión. ¿Qué puedes perder? Salvo esa depresión que vienes arrastrando.

Colgó el teléfono sin saber qué hacer. Desde hacía algunos años Leonor vivía encerrada en sí misma. Lidar con gente extraña le infundía miedo, pero a Francina era muy difícil decirle que no. Era maquilladora profesional. Superaba los cuarenta años y todavía rebosaba energía. Parecía un trompo de movimiento incesante. Tal vez por eso no envejecía, o al menos eso imaginaba Leonor.

Francina llegó una hora después. La obligó a cambiarse de ropa, despojándola del calentador y los sacos flojos que se habían convertido en su uniforme diario. Ya no conseguía entrar en ninguna prenda. Acordaron una falda larga que, según Leonor, la hacía verse aún más gorda que con el calentador. Partieron rumbo a la reunión, dejando a los niños en manos de la empleada.

Alexander, el productor, la miró de arriba abajo. Su primera pregunta fue si le gustaba la trama. Leonor no supo qué responder, pues Francina no le había dado mayores detalles al respecto.

—Trata sobre unos niños muy tiernos y hay unas peleas de cachascán. En un pueblo como a dos horas de aquí —le había soltado como única explicación.

Francina padecía de trastorno por déficit de atención, de manera que lo usual en ella era saltar de un tema a otro y luego a un tercero, y después a un cuarto, siempre a velocidad de ametralladora, sin profundizar mucho en nada. Así le alcanzó el tiempo para patinar sobre una serie de otros temas como la anunciada visita de su suegra, que desde ya la tenía nerviosa, y el maquillaje de un concurso de belleza para el que había sido contratada.

—No conozco mucho sobre la trama—contestó titubeante.

Alexander, con un aire cansado, pidió a Abigail resumir el argumento.

—Es la vida de dos niños que vienen de hogares complicados. Son inseparables, pero la madre de la niña, una prostituta, se la quiere llevar y, bueno, los dos tratan de escapar...

—¿Tienes experiencia? —interrumpió Alexander.

Francina se anticipó, informándoles que Leonor había laborado en obras de teatro y en cortometrajes en Estados Unidos. Ante tantas fábulas, Leonor no podía mirar a Alexander de frente. Porque lo único cierto era que sabía coser. Nada más. Había tomado uno que otro curso, pero honestamente, era una autodidacta en costura. Ahora bien, acerca de la preparación del vestuario de una película sí que no tenía la más mínima idea.

—No le quedará grande el trabajo —afirmó Francina—. Confíen en mí.

Ellos guardaron silencio. A Leonor le quedó claro que la entrevista no había ido del todo bien.

—Vas a ver lo divertido que es un rodaje. Vamos a pasarlo bomba —le soltó a Leonor, al tiempo que le agarraba el brazo para salir.

Francina daba por hecho que sería aceptada, a pesar de la frialdad de la entrevista. Curiosamente, Leonor se sintió más leve. La invadió un presentimiento inexplicable de que se aproximaban cosas buenas, de que su vida empezaría a mejorar. Insuflada de optimismo, alquiló un par de DVDs para observar estilos y trajes, y comenzó a atormentar a Francina con preguntas acerca del vestuario escénico. Esta fortaleza no le duró mucho. Aterrizó en su pecho el pánico de recibir una llamada para informarle que había sido rechazada como parte del equipo de la película. Perdió su equilibrio y cayó en un hondo pozo de pavor. Solo es cuestión de verte al espejo, vaca fofa, zumbaba con odio mirando su rostro en la pantalla de su laptop. ¡Nada te va a resultar porque eres asquerosa y desagradable! ¡Me das pena! ¡No sirves para nada! ¡Mereces que trapeen el piso contigo! ¡Eres apestosa y fea! ¡Pareces leche desabrida! Un ramillete de sus insultos usuales. Se odiaba. No lograba convivir consigo misma. Cerró la computadora y se metió al baño a arañarse y a golpearse el rostro.

Miguel, su segundo hijo, tenía un poco más de doce meses de nacido, y ella seguía presa de su depresión posparto. Había experimentado lo mismo con su primogénito tres años antes. Y ahora, aquel hoyo negro había regresado. Le hastiaban sus hijos. ¿Sería inaceptable confesar que no los soportaba? No sentía amor, ni nada de la supuesta felicidad maternal. Odiaba sus llantos, odiaba que la tocaran, odiaba su intimidad, odiaba cambiar pañales. Odiaba, odiaba, odiaba. Lloraba de

furia cuando le mordían los pezones a la hora de lactar, así que los pasó a la fórmula antes, incluso, del plazo indicado. ¿Acaso era pecado no poseer instinto maternal?

Además, era incapaz de bajar de peso. Se veía como una vaca. A sus treinta años, le rondaba por la cabeza la idea de que su vida estaba detenida. Qué más podía depararle el destino, se preguntaba. Una sucesión de días copy paste, y nada más. Si antes sospechaba que el futuro no le aportaría mucho, ahora estaba absolutamente convencida de aquello.

Leonor era la tercera de cuatro hermanas. Desde que nació, no representó novedad en su hogar; de hecho, por ser la del medio, nunca fue tomada en cuenta. Si hubiera sido varón, todo habría sido distinto, pero una mujer más no era un acontecimiento, tan solo un sinónimo de trabajo adicional para su madre. Sus hermanas eran muy bonitas y Leonor también, aunque ella no se lo creía. A pesar de ser rubia en un país de mujeres morenas, vivía convencida de que no llamaba la atención. Se consideraba una mujer bla. Juzgaba que hasta su nombre era bla. Opinaba que todo radica en el nombre. Las Martinas o Camilas o Manuelas tenían todo para triunfar, pero Leonor le sonaba tan aburrido como Beatriz o Patricia. Y, para colmo, su segundo nombre era el clásico: María. Leonor María. Parada frente al espejo, percibía una imagen por demás común: pelo lacio, ojos marrones, labios finos y un ligero tono rojizo en las mejillas. Sumada su timidez —desde niña se sintió incómoda con la gente—, el cuadro era descorazonador. Habría apostado que su fuerza, su energía y su ambición por fraguarse un futuro nacieron minusválidos.

Su niñez transcurrió casi desapercibida. Existen poquísimas fotografías de su infancia. Como todos los eventos se repetían, pues su hermana inmediatamente mayor le llevaba tan solo un año, ni siquiera le organizaron fiestas de cumpleaños dedicadas solo a ella. Fue intrascendente su primer día de guardería, así como su fiesta de quince y su graduación del colegio. Sin embargo, cuando llegó su primogénito, comprendió a su madre y visualizó cuán cansada se habrá sentido ella.

A los quince años, le dio por cortar y recortar telas, diseñar vestidos para sus muñecas de infancia. Se apropió de la vieja máquina de coser Singer comprada por su padre un poco después de su boda, a fin de que su madre cosiera. Leonor aprendió a usarla y pasaba tardes enteras dedicada a la costura. Sin embargo, cuán poca importancia habrán tenido sus gustos que, cuando se mudaron, su madre se deshizo de la máquina de coser a la empleada, sin avisar ni brindar explicación alguna. Dolió.

Nunca se sintió especial por saber coser cuando era adolescente. Ahora, en retrospectiva, se da cuenta de que sí era bastante inusual para su época: una destreza desarrollada por pocas chicas. En sus manos, vestidos viejos volvían a estar de moda con tan solo aplicarles dos o tres detalles. Pero hasta eso se esfumó con el nacimiento de sus hijos. Ya no cosía. Ni siquiera para ellos. Su



vida dejó de ser entretenida. Desperdiciaba sus días parqueada frente al televisor, observando programas que no le suscitaban interés por más que navegaba sin cesar por todos los canales.

Pasaron los días y la llamada que no llegaba por parte de los productores de la película confirmaba el rechazo presentido. Francina insistía en que no debía preocuparse y le prestó su copia del guion para que se familiarizara con el proyecto. Elena, hija de prostituta, y Martín, hijo de padre borracho y madre maltratada. En el medio, un maestro de escuela extranjero que procuraba ayudarlos. Lo único mágico en su pequeño pueblo eran las luchas de cachascán que tenían lugar todos los sábados. Don Sata era el dueño de la carpa y, además de organizar las luchas, andaba en negocios turbios con Zoila Chihuano, la madre de Elena, y con Elmer, el hermano mayor de Martín. Acabó de leer el guion en dos días y comenzó a darle vueltas en su cabeza al vestuario. Lo visualizaba tremendamente complicado. ¿Cómo lo iba a lograr si gracias a un extraño milagro la llamaban para ser parte de la película? Francina rememoraba en voz alta los procedimientos de las vestuaristas en las películas que ella había trabajado. A su criterio, no era difícil porque Producción tenía la obligación de ayudarlo a conseguir todos los materiales que pudiese necesitar. Procuraba tranquilizarla explicándole que, al ser una película de corte realista, probablemente comprarían vestuario auténtico de los campesinos para que lo usaran los actores.

—Lo único ligeramente complicado será armar los trajes de los luchadores, nada más — aseguraba Francina minimizando el desafío.

Leonor se ahogaba en su inseguridad, al punto de acabar convencida de que, para ella, esta tarea era absolutamente imposible. Francina evitaba el problema argumentando, una y otra vez, que si podían conseguir ropa alquilada o comprada a los habitantes del pueblo, no haría falta confeccionar gran cosa. Al mismo tiempo, le advertía que dispondrían de poquísimo dinero para compras porque esta sería una película de muy escaso presupuesto.

Quería participar en el proyecto y, un minuto más tarde, ya no lo deseaba. Cuando se sentó con Cristóbal para informarle de este posible trabajo, él la miró extrañamente y le cuestionó que cómo así, que Miguelito tenía apenas un año y que ella no podía ausentarse de su hogar por dos meses para dedicarse a una película. La verdad, él no entendía ni siquiera de lo que estaba hablando.

—¿Película?, ¿película? —repetía—. ¿Pero qué se te ha metido en la cabeza? ¿Película? No entiendo. En este país no se hacen películas. Esto no es Hollywood. No entiendo en qué locura te quieres meter.

Leonor trasladaba todas sus preocupaciones y reparos a Francina.

—Pero si solo son dos meses —justificaba su amiga—. Vas a ver cómo sales ganando. Recuperarás tu ánimo. Es un trabajo que te va a beneficiar y mucho.

—Es que no soy capaz, Francina. Además, de gana seguimos hablando del tema si aún no me han aceptado y probablemente no lo harán.

Por eso, cada vez que sonaba el teléfono, se acercaba temblando. Por un lado, quería escuchar que la habían aceptado. Por otro, ansiaba saber que habían preferido a otra, para así quedar libre de todas sus angustias. Hallarse en ese sitio confuso e indefinido le producía un continuo desasosiego. Así transcurrían los días y el teléfono permanecía mudo.

Mientras tanto, más se miraba a sí misma y más se odiaba. Había empeorado el vicio de maltratarse físicamente. Observaba en el espejo sus mejillas coloradas —que la base más fuerte no lograba ocultar—, su pelo pajizo —un tanto ralo a raíz de la lactancia—, sus caderas de vaca y su vientre abultado. No era la verdad objetiva, pero sí su autoimagen. ¡Estúpida boba! ¡Taruga! ¡Fea, fea, eres fea!, repetía a gritos, al tiempo que se daba repetidas bofetadas en las mejillas.

Una mañana, resolvió tomar al toro por los cuernos y llamar a Priscila, la productora. No aguantó más y agarró el teléfono. Se moría de nervios, pero se asfixiaba con la monotonía y el hastío de su vida. Contestó Alexander. La saludó con sequedad. Ella estuvo a un tris de colgar, pero persistió.

—Llamo para saber qué han decidido —preguntó con una voz tan débil que se quebraba.

—¿Cómo? —respondió Alexander.

Sintió que su poca fuerza caía al piso.

—Quería saber si estoy dentro del proyecto —balbuceó.

—Mira, Leonor, la verdad es que te sentimos muy insegura. De lo que recuerdo, ni siquiera estabas bien enterada de la trama.

—¿Entonces ya consiguieron vestuarista? —indagó, aunque ya le parecía inútil la pregunta.

—Estamos todavía en eso —contestó Alexander.

—Bueno, si les puedo colaborar, estoy disponible —expresó con tono de súplica.

—Gracias, lo tendremos en cuenta —le respondió y colgó.

Acto seguido, Leonor se echó a llorar con desconsuelo. ¿Quería ser parte de la película entonces? Ser tan indecisa la convertía en alguien bastante más detestable.

Transcurrieron unos días interminables, hasta que la asistente de Alexander llamó para convocarla a una reunión de preproducción esa misma tarde. ¡Estaba adentro! Un miedo feroz



asaltó su garganta y pecho. Llamó de inmediato a Francina, quien se puso a saltar con gritos de júbilo.

—¡Y eso que hiciste todo lo posible para que no te acepten! ¡Qué manera de boicotearte!

—¿Y ahora qué voy a hacer?

—¿Cómo que qué vas a hacer? Lo que no vas a hacer es arruinarlo otra vez —la amenazó.

—Es que Cristóbal no sabe que ya di el sí sin consultarle. Me va a matar.

—Pues para qué no le dijiste a tiempo —la reprendió molesta—. Te paso a buscar a las cuatro.

—¿Entonces son seis semanas fuera de casa? —le preguntó Cristóbal esa noche.

—Pero vendré los fines de semana.

Su marido se quedó un momento en silencio. Asustada, Leonor se tragó sus palabras hasta que se sintió la necesidad de suplicarle.

—Por favor.

Cristóbal la contempló lentamente.

—No te he dicho que no puedes. Es que me quedé sopesando esta situación. Supongo que mi mamá me podrá ayudar esas semanas.

—Y la mía también. Me ofreció recibir a los niños por las tardes.

—¿Y tú realmente estás con ganas de meterte en ese tal rodaje?

—Creo que sí —le confesó—. Aunque tengo miedo.

—Lo vas a hacer bien —la animó—. Dale, dale con ganas.

Y se levantó para ir a ver la televisión. La verdad es que la actitud de Cristóbal la sorprendió. Luego de su primera conversación, lo lógico era que le armase una escena. No sucedió, no se explicaba por qué, pero ni eso la calmó. Ahora que estaba adentro se sentía aún más intranquila, más asustada, al punto de comenzar en silencio a rogar para que se presentara algún impedimento que le permitiera rechazar el trabajo. Así era ella, una persona que se sentía incómoda con todo lo que ocurría, bueno o malo. Lo único que siempre se mantenía estable era el odio hacia sí misma.